LOS GRANDES INFAMES,

Drama en cuatro actos y cinco cuadros por D. Luis Mejías y Escassy, *representado por primera vez, por muchas noches consecutivas en el teatro del Balon de Cádiz, en el mes de Noviembre de* 1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
Mercedes	D.ª Jovita Rodés.
Maria (a)	Catalina Carvajal.
Margarita	Manuela Fernandez.
Diego	D. Pedro Rodés.
El Marqués	Sebastian Vechio.
Eduardo	Antonio Jimenez.
Juan	Bernabé Blanco.
Un Magistrado	Francisco Blanco.
Un Alcaide	Gaspar Galinier,
Antonio	N. N.
Un Carcelero	N. N.

Agentes de Policia, Pueblo, Soldados, Clérigos, hermanos de la Caridad, Verdugo.

La accion pasa en Madrid.

ACTO I.

Interior de una casa de mezquina apariencia, en un barrio estremo de Madrid; dos puertas laterales á la izquierda; una primer término á la derecha, y ventana en segundo. Muebles pobres y escasos. Al fondo una mesa, sobre la cual habrá una lamparilla encendida. En el centro un braserillo con lumbre: es de noche; durante todo el acto, relámpagos, tormenta y ruido de lluvia.

ESCENA PRIMERA.

Diego *y* Juan *aparecen sentados alrededor del brasero.*

Diego. (*Despues de un momento de silencio*) Y bien?...

Juan. Y bien?...

Diego. Margarita...

Juan. Aún es temprano.

Diego. Pero creés...

Juan. Ya te lo he dicho, Diego; ese hombre debe ser rico, y ama á Margarita.

Diego. Y á qué esperar?...

Juan. Calma y prudencia.

Diego. Considera nuestro estado, Juan; considera que no tenemos un real; que estamos vigilados por la justicia, y que esta vida de agitacion y de miseria es un tormento para mí.

Juan. Porque lo considero, es por lo que te he dicho, que debemos tener calma y prudencia. Tus locos devaneos nos tienen en este estado. Ansioso de conquistar una posicion, que debiera estar lejos de tu ambicion, todo lo precipitas, y llevamos jugados varios lances, con poca fortuna, esponiéndo nuestra vida, sin otro interés que el de adquirir pequeñas cantidades, con las cuales apenas podemos dar una ligera espansion á nuestros vicios. La policía anda lista, y si nuestros manejos llegáran á descubrirse, esa posicion á que aspiras, se convertiria en una cadena, si milagrosamente escapábamos del patíbulo.

Diego. Pero, bien; ese hombre?...

Juan. Ya te he dicho, que ese hombre debe ser muy rico, segun lo demuestra su apariencia. Qué adelantaríamos con robarle? Un crimen mas, y sin producto. Dejemos obrar á Margarita. Las mujeres son mas perspicaces que los hombres, y despues... (*un momento de silencio.*)

Diego. Se acaba mi paciencia. Yo necesito oro, mucho oro; sin él me es insoportable la vida. Hace un año lo poseia; brillaba en la sociedad. Por do quiera encontraba mujeres que se doblegaban á mis desenfrenadas pasiones, que alhagaban con su hermosura y la ternura de su amor las fugaces ilusiones en que mi acalorada mente se perdia; hombres que estrechaban mi mano, y se enorgullecian con mi amistad. Hoy... nada... miseria... y desesperacion!...

Juan. Qué quieres? Esa es la vida. Yo cuento algunas primaveras mas que tú, y con las mismas ambiciones si se quiere, pero sin embargo, he tenido que resignarme á vivir pobre. Poco aficionado al trabajo, mis inclinaciones, fijas en las riquezas, apenas me han dejado espacio para vivir tranquilo, y hoy me tienes resignado con mi suerte, esperando, ó un instante de fortuna en que copar la idem de algun prójimo, ó un momento de desgracia, en que entregue el cuello al verdugo, lo cual no me haria maldita la gracia.

Diego. Miserable condicion la tuya!

Juan. Pues mira, que puedes echar plantas! Si yo, como tú, hubiese sido rico, crees que tornaria á caer en el estado deplorable en que te encuentras?

DIEGO. Mi mala suerte...

JUAN. Dejémonos de suerte, que el hombre que la violenta... Tú, Diego, no puedes negarme que eres un perdido. Los vicios te dominan en estremo, y necesitas un potosí para satisfacerlos... El juego...

DIEGO. Y bien? Una buena jugada me hizo rico...

JUAN. Y una mala te ha hecho pobre. Si despues de la buena, no hubieras vuelto á jugar mas... Y qué diablos! Tan mal te encuentras á nuestro lado? Tienes una mujer que te quiere... Oh! solo de ese modo, siendo mi hija, consentiria en vuestros amores; porque, antes de conocerte, yo solo era el dueño de sus ahorros; mientras que ahora tengo que repartir contigo el fruto de sus travesuras. Quieres mas abnegacion en mí? Y no lo dudes, nuestra suerte está en las manos de Margarita. Ella nos proporciona dinero en abundancia, con él jugamos, y si bien es cierto que perdemos siempre, no podemos desconfiar de que llegue un dia, en que la fortuna se muestre propicia, y entonces...

DIEGO. De este modo es imposible. Es necesario acometer grandes empresas; es preciso que yo sea rico á toda costa. Te lo he dicho antes, y te lo vuelvo á repetir, la vida me es insoportable sin mucho oro!... Tengo sed de oro!... (*se oye por el fondo un ligero ruido.*)

JUAN. Calla! (*fijando la atencion.*)

DIEGO. Qué?

JUAN. No has oido?

DIEGO. Será Margarita?...

JUAN. Y traerá?... (*se sienten golpes casi imperceptibles en la puerta del fondo.*) Sí, ella debe ser. A nosotros, quién puede visitarnos á estas horas, y con la noche que hace? (*se dirige á la puerta del fondo y pregunta con voz baja y misteriosa.*) Quién?

MARG. (*dentro.*) Margarita. (*al oir su voz, Diego se abalanza á la puerta del fondo, mientras que Juan abre, y los dos la reciben con afan.*)

ESCENA II.

Los mismos y MARGARITA.

DIEGO. Oh!

JUAN. Habla!

DIEGO. Traes...

MARG. Tomad. (*entregándoles una cartera, que Diego casi le arrebata y registra al momento.*)

JUAN. Ah!

DIEGO. Billetes de Banco!

JUAN. Pero?...

MARG. Silencio! (*vá á observar á la puerta.*)

DIEGO. Te siguen?

MARG. Pudiera ser.

JUAN. Pero, quién?

MARG. Cerrad esa puerta. (*por la del fondo que cierra Juan.*) Ese hombre es en efecto rico, y está loco de amor por mí.

DIEGO. Oh!

JUAN. Y crees tú?...

MARG. Sí; vá á venir esta noche.

DIEGO. Habla.

JUAN. Esplícate.

MARG. Su pasion le arrastra hácia mí. Cuando llegué al lugar de la cita, ya estaba esperándome.

DIEGO. Solo?

MARG. Si; un carruage le aguardaba á larga distancia; entramos en él, y hemos recorrido el Prado y la Fuente Castellana. Durante nuestro paseo, me ha declarado su amor, me ha hecho mil ofertas para lo sucesivo. Le he dicho que pertenezco á una familia pobre, pero honrada; y en cumplimiento de sus promesas, me ha entregado esa cartera, para atender á mis primeras necesidades.

DIEGO. Si, aquí hay billetes de Banco, por valor de cuatro mil reales.

JUAN. Y crees que vendrá? Que no sospecha el lazo que se le tiende?...

MARG. Imposible! Soy demasiado sagaz para dejarle entrever que dentro del manto de aparente inocencia conque me encubro, existe un corazon corrompido. El ha creido que soy una desgraciada, á quien la miseria arrastra hácia la senda de la corrupcion. Eso le ha conmovido, y me ha jurado hacer mi felicidad.

DIEGO. Juan, es necesario robar á ese hombre.

JUAN. Diego, yo creo, por el contrario, que no debemos sino esplotarle. Locura fuera, vive Dios, poder hacer nuestra fortuna en pocos dias, y desperdiciarla, por conseguir en una hora unos cuantos doblones.

DIEGO. Pero es que ese hombre, siendo, como se supone, muy rico, traerá consigo alhajas de valor. Es menester preparar un plan; pero es forzoso que sea pronto. Este dinero... ah! esto no es nada... en una carta... Y yo necesito llevar á cabo una gran jugada, con la cual es segura nuestra fortuna.

JUAN. Una gran jugada?

DIEGO. Sí, escucha; tengo un plan... pero se necesita dinero, mucho dinero; mucho mas que el que hay aquí... Los garitos á que nosotros concurrimos, son tahurerías miserables. Es preciso vestirnos con decencia, hacer ostentacion de lujo, é introducirnos en una de esas partidas donde rebosa el oro; una vez allí, con un capital de algunos miles, en una sola noche seremos poderosos.

JUAN. Tú sueñas, Diego!

DIEGO. Sueño le llamas á un año de cavilaciones, de cábalas, de cálculos que no pueden faltar?...

JUAN. Pero ese hombre que esperamos puede haberse precavido... No traerá sobre sí dinero...

DIEGO. No importa; se le amenaza, se le aprisiona, y se le exije un rescate.

JUAN. Puede defenderse.

DIEGO. Somos dos.

JUAN. Cuando esté en libertad, puede delatarnos.

DIEGO. Y qué importa? Despues que nos pague muy caro su rescate, nos trasformaremos de tal modo, que nadie pueda descubrirnos. La ropa del miserable fácilmente descubre al criminal; la del poderoso lo disfraza de tal modo, que ella sola es bastante en el mundo para hacer aparecer la honradez. Créeme, Juan; mis planes son infalibles. Ese hombre ha de venir, y es preciso tenerlo todo dispuesto.

JUAN. Eres un demonio tentador.

MARG. No, un desesperado!

DIEGO. Sí, un desesperado, que tiene sed de oro, y que se abrasa de celos. Margarita, yo he sido un hombre de bien. Una pasion mal correspondida, hizo que abrazase por primera vez la carrera del crímen; entonces se desenfrenaron mis pasiones; mis manos se tiñeron en sangre, quedando sepultado en el secreto de una noche como esta, el misterio de mi primer paso en el sendero de la deprabacion. Los remordimientos de mi conciencia, robaban la tranquilidad que necesitaba para vivir; recurrí á los vicios y á la orgía. Si lograba aletargar por un momento mi cerebro, cuando se disipaba aquel fantasma calenturiento, con mas fuerza renacia en mi

corazon aquella intranquilidad, aquel continuo sobresalto que lo despedazaba. Asi pasé algun tiempo. El juego habia hecho que se redoblase mi fortuna, y el juego vino otra vez á echarla por tierra. Tú lo sabes; habia tenido la desgracia de conocerte y de amarte, yo, que á nadie podia amar; pero nuestros corazones necesitaban de impresiones fuertes, violentas; se encontraron, se conocieron, y se amaron. Asomó por nuestras puertas la miseria, y esta situacion nos era insoportable. A qué precio pasábamos la vida! No era bastante lo que tu adquirias, y tu padre y yo robábamos. Asi ha trascurrido un año; yo, destrozado por los celos, pero hambriento, dominado por la sed de riquezas, me resignaba ignominiosamente á vender mi corazon por ellas. Hoy es otra cosa; ese hombre vá á venir, ese hombre te ama; te hablará de amor, que tu fingirás corresponder, y yo tendré que escuchar ese coloquio, y resignarme. Oh! eso no es posible! Goce en buen hora, por un momento, de la pasion devoradora que sin pensar en el precipicio que le cerca, le arrastra hácia tí; pero que no vea la luz del dia, sin haber antes pagado caro tributo á mis celos, ó habrá desaparecido para siempre á los ojos de los mortales. Que no me arroje en cara mi ignominia, porque no llega á tal estremo mi deprabacion, que me arrastre hasta semejante bajeza.

MARG. Eres un loco, Diego. Celos de mí! De mí, que debo mi infortunio, la perversidad de mi alma, al amor que te tengo. Además, ese hombre no vá á estar solo conmigo; en esa habitacion está mi madre; ahí le recibiré; ella escuchará cuanto hablemos; de ese modo le haré creer que soy una mujer honrada. Pero si esto no te basta, obra á tu antojo; róbalo, mátalo, si de ese modo te satisfaces. Dispuestos estamos mi padre y yo á seguir tu suerte.

JUAN. Y qué le hemos de hacer? Un loco hace ciento; un pícaro hace cien pícaros.

MARG. Es preciso no detenerse, la noche está muy avanzada. (*suenan tres golpes en la puerta del fondo.*) No ois?

JUAN. Han sonado tres golpes.

MARG. Es nuestro hombre; escondeos vosotros. (*Diego y Juan se ocultan por la derecha; Margarita llega á la del fondo; abre y aparece en ella embozado el Marqués.*)

ESCENA III.

MARGARITA, *y el* MARQUÉS.

MARG. Por aquí, caballero. (*Indicándole el camino.*)

MARQ. Eres tú?

MARG. Sí; no hagais ruido; venid. (*le conduce hácia la primer puerta de la izquierda, y desaparecen por ella.*)

ESCENA IV.

DIEGO *y* JUAN. *Entran con mucho sigilo, y Diego observa por el agujero de la llave de la puerta por donde se ocultaron los anteriores.*)

DIEGO. No se vé nada. (*un momento de silencio.*)

JUAN. Conque, estás resuelto?

DIEGO. Ah!

JUAN. Lo has reflexionado bien?

DIEGO. Sí, Juan; los celos me abrasan; no puedo mirar con calma esta situacion.

JUAN. Puede que con mas oportunidad mañana... Concertemos un plan...

DIEGO. Tienes miedo?

JUAN. Miedo! Parece que no me conoces! Lo que tengo es, que si llevas á cabo tu descabellado proyecto, solo resultará haber cometido un crímen mas, sin haber obtenido resultado ninguno. Mas tarde, tal vez, ese hombre... con alguna mas confianza... Por otra parte, ha entregado á Margarita esa cartera bien repleta de billetes. Ella le hará que mañana redoble la suma... En fin, yo creo...

DIEGO. (Oh! Este hombre no tiene corazon! No comprende cuánto punza el amor propio humillado!)

JUAN. Reflexionas?...

DIEGO. Sí.

JUAN. Y te decides?...

DIEGO. (Disimulemos.) A seguir tu consejo; he pensado que tienes razon. (Para qué le necesito?) Un poco de calma, y despues...

JUAN. Acabáramos... Entonces?...

DIEGO. Qué?

JUAN. Quiero decir, que en qué piensas invertir la noche...

DIEGO. No lo adivinas? Jugando.

JUAN. Vas á jugar?

DIEGO. Precisamente. Y tú?

JUAN. Yo, por esta noche, me conformo con esta ganancia...

DIEGO. Tienes razon, toma. (*saca la cartera y le entrega la mitad de los billetes.*)

JUAN. Ya ves que estos negocios no se presentan todos los dias.

DIEGO. Te contentas con poco?

JUAN. Son muy limitadas mis pretensiones.

DIEGO. A Dios, pues.

JUAN. Anda con él.

DIEGO. (Volveré.) (*marchándose por el foro.*)

ESCENA V.

JUAN, *solo.*

Demonio de hombre! Dos mil reales en una noche! No merece la pena de que nos espongamos á un fracaso. Con ellos quizás, en el juego, llevando á efecto ese plan de que me ha hablado, consiga... Esperemos á que salga ese quidam, y cuando vuelva Diego, combinaremos con Margarita lo que debe hacerse mañana... (*vase por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

DIEGO *entrando, despues de reconocer la escena y cerciorarse de que se halla solo.*

No hay nadie. Imbécil, que pensabas disuadirme para evitar lo que solo satisface la sed de sangre en que me abraso! Oh! No comprende á cuanto arrastra el amor propio del hombre. Margarita!... Margarita es una meretriz corrompida, es verdad, acostumbrada al vicio, á la maldad, al crímen; pero quién sabe, si alucinada por la riqueza de ese hombre, prefiera á su lado una vida tranquila y regalada, á la azarosa y miserable que lleva á mi lado! Solo esta idea emponzoña mi corazon, y hace que se estravie mi cerebro. Qué me importa un crímen mas, á mí, que por do quier que vuelvo los ojos, solo descubro la huella ensangrentada de mis criminales pasos? Estoy decidido; debo esperarle. (*sacando un puñal del pecho y examinándole.*) Tiene un buen filo mi puñal, para que su punta no penétre en el pecho de ese miserable que se atreve á alucinar con su oro á la mujer que adora mi corazon. Sí, le mataré... y despojándole de sus alha-

jas, acrecentaré esta suma que poseo, y tal vez mañana consiga enriquecerme, si la suerte se ha cansado de perseguirme. (*escuchando.*) Se oyen pasos... Ellos sin duda... Aquí, junto á esta puerta...

(Se arrincona hácia la puerta del fondo. La tormenta arrecia, y los relámpagos se dejan ver con mas insistencia que durante todo el acto. Abrese la primera puerta de la izquierda y sale el Marqués, alumbrándose con una linterna que se supone traeria anteriormente cubierta con el embozo de la capa.)

ESCENA VII.

DIEGO *y el* MARQUÉS.

MARQ. (*Suponiendo despedirse de Margarita, con voz misteriosa.*) A Dios.

MARG. (*dentro.*) A Dios.

(Poco antes de llegar el Marqués á la puerta del fondo, Diego se arroja sobre él con puñal en mano y en aptitud de herirle. El Marqués puede evitar el golpe, y dejando caer la linterna, amenaza á Diego con una pistola, y Diego retrocede espantado.)

MARQ. Miserable!

DIEGO. (*Retrocediendo*) Oh! maldicion!

(Al ruido que hacen, aparecé Margarita por la primera puerta izquierda, y Juan por la segunda, ambos con luces. Al resplandor de estas, Diego repara en el rostro del Marqués, hace por traer á su imaginacion un recuerdo, y por último le reconoce.)

ESCENA VIII.

Los mismos, MARGARITA *y* JUAN.

DIEGO. Oh! esa fisonomía. Sí... él es...

MARQ. Me parece haber visto otra vez á este hombre...

(Diego hace la intencion de aproximarse al Marqués para reconocerle, éste le amenaza de nuevo con la pistola, hasta que desaparece.)

MARQ. Infame, atrás! (*vase.*)

DIEGO. (*viéndole ir.*) Sí, tienes razon; soy un infame, pero tú lo eres tambien, y ya nos veremos.

MARG. Diego!

DIEGO. Margarita, Juan, no he podido contener los impulsos de mi alma. Pero nada debeis temer; si ese hombre, como suponeis, es rico, nuestra fortuna está asegurada.

JUAN. Esplícate...

DIEGO. Los malvados abundan en el mundo. Quiere decir, que antes éramos tres, y ahora seremos cuatro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales con colgaduras á derecha é izquierda.

Al levantarse el telon, Mercedes hablará con Antonio, que estará en la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES *y* ANTONIO.

MER. Decid al señor Marqués, que estoy dispuesta á recibirle. (*vase Antonio.*) Acabemos de despejar la difícil situacion en que nos encontramos. Es forzoso. Una separacion amistosa causará menos escándalo que esta continua lucha doméstica, que agita constantemente nuestro espíritu. Ya está aquí el Marqués.

ESCENA II.

La misma y el MARQUÉS.

MARQ. Acaban de anunciarme, señora, que os hallábais dispuesta á recibirme, y por eso he venido.

MER. Sea en buen hora. Puesto que me habeis manifestado, con reiterado empeño, que deseais tener una esplicacion conmigo, abundando en el mismo deseo, no he querido demorar por mas tiempo nuestra entrevista, Además, tengo que hablaros de un asunto sumamente delicado, y del mayor interés para el porvenir de mi hija.

MARQ. Podeis empezar.

MER. No, á vos os toca. Dignaos decirme...

MARQ. Me permitireis que os recuerde, aun cuando sea ligeramente, la historia de nuestro casamiento.

MER. Para qué? Ambos la conocemos.

MARQ. Es preciso, señora.

MER. Sentaos, y hablad. (*se sientan.*)

MARQ. Hace diez y ocho años que por circunstancias que se hallaban ligadas con mis intereses, y que no son del caso, abandoné este pais, y fuí á establecerme á Méjico, donde despues de algunos meses, formé sociedad mercantil con el respetable Marqués de Campo-Sagrado, vuestro padre, sin conocer de él otros antecedentes, que su opulencia y su reputacion de hombre honrado. Un año habia trascurrido sobre poco mas ó menos, cuando aquel hombre de carácter de hierro, se hallaba en su despacho, sumergido en la mas angustiosa melancolía, corriendo por su arrugada megilla, una lágrima desprendida de sus ojos. Mi interés hácia la situacion de aquel venerable anciano, me impelió á ser curioso, hasta el estremo de preguntarle la causa de su desconsuelo. El Marqués me apreciaba sobremanera, y me respondió en estos términos. —Ay! Amigo Fernando, estoy deshonrado! Tenia una hija que formaba el encanto de mi vida, y acaba de imprimir sobre mi rostro una mancha imposible de lavar... Esa hija...

MER. Era yo; continuad.

MARQ. En efecto, érais vos; que alucinada por las caricias de un infame, os dejásteis seducir.

MER. Deberíais correr un velo sobre esa historia. Ya os he dicho muchísimas veces, y aun teneis pruebas evidentes de ello, que no se trataba de un seductor, sino de un hombre que me amaba, que habia pedido mi mano, porque era digno de ella, y á quien mi padre, por rencillas políticas, se la habia negado.

MARQ. Convengamos en que á vuestro padre no convenia semejante enlace; pero el hecho es, que se hallaba deshonrado, porque vos, señora, fuísteis madre de una niña sin estar casada. Me lamenté de tal manera del intenso pesar que dominaba á aquel hombre, que condoliéndome su difícil situacion, me ofrecí á ser vuestro esposo; accion que fué premiada con un eterno reconocimiento por parte del Marqués, que poco despues de nuestro casamiento dejó de existir, bajando á la tumba contento por mi proceder, y despues de haberos perdonado.

MER. Permitid que os interrumpa. Habeis hecho una pintura exacta de los preliminares, y de las causas que motivaron nuestro casamiento; pero observo con disgusto, que se os han olvidado algunos detalles. Yo amaba á un hombre, y era amada de él; habia sido madre, y aquel hombre, queriendo lavar la mancha que nuestro amor habia impreso en mi reputacion, me ofrecia con insistencia su mano;

mi padre se negaba á ello, pero abrigábamos la esperanza, de que algun dia consentiria en nuestro casamiento; pero vos os interpusísteis en nuestro camino, y ansioso de títulos y de riquezas, dominásteis el inexorable carácter de mi padre; y obligada por sus amenazas, me condujeron al altar, para daros el título de esposa vuestra. A poco tiempo murió mi padre, y no faltó quien en aquella muerte, viese las consecuencias de vuestra ambicion, y os apostrofase...

MARQ. Señora!...

MER. Dejadme concluir. Ello es lo cierto, que causásteis mi desgracia, pero que muy pronto fuísteis dueño del título, y de la fortuna que yo habia heredado.

MARQ. Desprecio, señora, vuestras inculpaciones, que solo son hijas del despecho, y continúo. Eramos desgraciados. Vos por el recuerdo de vuestro criminal amor, yo por los celos que aquel amor me inspiraba. Fué, pues, preciso tomar un partido; separaros de aquel pais, que para vos y para mí tenian recuerdos imperecederos. Hice realizar cuantos bienes poseíamos, y vinimos á España, estableciéndonos en Madrid, donde vivimos hace dos meses. Pero ha variado por eso nuestra situacion? Al contrario. Si en vuestro pais os veia triste, llorosa, aquí os encuentro dominante, altanera; si allí os hallaba sumisa, resignada, aquí os veo resuelta, intransigente. Me pedis cuenta de mi conducta, de vuestros bienes, de todas mis acciones; esto quiere decir...

MER. Quiere decir, que en España es donde he acabado de comprenderos. Fernando, vos sois disipador; os entregais con escándalo á los placeres del mundo; teneis galanteos que publicais cínicamente, y entretanto derrochais un caudal que no os pertenece, que pertenece á mi hija.

MARQ. A vuestra hija! No sabeis, señora, que con solo nombrarla, me arrojais en cara mi deshonra?

MER. Sé solamente, caballero, que es mi hija, y que estoy obligada á velar por ella; que venis á pedir esplicaciones sobre mi conducta, cuando solamente tengo el derecho de pedíroslas de la vuestra; y sé por último, que estoy resuelta á que esta situacion termine, y á que me manifesteis el estado de mis bienes. No podeis echarme en cara que no os ame; ni jamás debe esperar amor, el que compra el corazon de una mujer á quien hace desgraciada, ni mucho menos el que, á precio de su deshonra, roba su fortuna á una niña inocente.

MARQ. Os entiendo. Quereis una lucha doméstica, en que, os lo confieso, como no llevais la mejor parte, no teneis la probabilidad de vencer? Creí nos seria fácil arreglar las cosas de otro modo. Os hacia la justicia de creer, que al cabo reconoceríais vuestros deberes, y seríais verdaderamente mi esposa.

MER. Caballero, jamás he faltado á mis deberes. He sido una mártir de ellos.

MARQ. Pero no os habeis resignado á amar á vuestro marido.

MER. Eso consiste, en que mi marido ha tenido siempre la loca pretension, de no ser amado por mí.

MARQ. No os comprendo.

MER. Inútiles son mas esplicaciones. Registrad vuestro corazon; meted la mano en vuestro pecho, y él os responderá por mí.

MARQ. Está bien, señora, me retiro...

MER. Debeis escucharme antes. He dicho que tengo que hablaros del porvenir de mi hija.

MARQ. Podeis empezar.

MER. Sabeis que María está enamorada.

MARQ. He creido adivinarlo, pero me ha parecido que su amor era un loco devaneo, sin consecuencias.

MER. Os habeis equivocado; Eduardo me ha pedido su mano; falta solo vuestro consentimiento, y espero que no le negareis...

MARQ. Reparad, que me habeis declarado la guerra.

MER. Y pensais empezar vuestras agresiones por vengaros de mi hija...

MARQ. Por otra parte, Eduardo, á quien yo os he presentado como hijo de uno de mis mejores amigos, es un buen muchacho, pero carece de nombre, no tiene bienes de fortuna...

MER. Mi hija es rica, y él es honrado. Se aman, y hoy vendrá á pediros la mano de María.

MARQ. En cuanto á eso, señora, no he pensado la resolucion que debo adoptar.

MER. Debeis pensarlo para dentro de un momento. (*Sale Antonio y anuncia.*)

ANT. El Señor Don Eduardo de Guevara.

MER. Decidle que pase. (*Vase Antonio.*) Ahí le teneis, Fernando; os advierto, que de este matrimonio pende la felicidad de mi hija. (*Vase.*)

ESCENA II.

El MARQUÉS, *solo.*

Esta mujer es implacable y puede ser mi ruina. Su carácter es inflexible; me pide cuentas, y no debo pasar por esta humillacion. Necesito ser dueño absoluto de su fortuna, y un rompimiento en estos momentos me la podria arrebatar. Además, el casamiento de Maria... ese Eduardo... Oh! no; esto contraría mis planes... Eduardo seria un aliado mas para combatirme. Es necesario aguzar mi ingenio, para no tropezar en la red que se me tiende. Una resuelta negativa tampoco seria prudente. Aquí está.

ESCENA III.

El MARQUÉS, *y* EDUARDO.

EDU. Señor Marqués.

MARQ. Pasad, mi querido Eduardo; me habian anunciado vuestra visita, y os esperaba. Sentaos.

EDU. Os agradezco, señor Marqués, las atenciones que por vuestra mediacion estoy recibiendo en esta casa. Solo en el mundo, mi vida seria un cúmulo, de disgustos y de pesares, si no la endulzasen los afectos que la prodigan en esta morada, donde por todas partes no se respira mas que felicidad.

MARQ. Vuestro padre era mi amigo.

EDU. Cuánto me halaga el recuerdo de amistad conque siempre me hablais de él!

MARQ. Podeis, sin reparo, esplicarme el objeto de vuestra visita.

EDU. Señor Marqués, yo amo á vuestra hija...

MARQ. Tambien me lo habian dicho...

EDU. Creo ser correspondido, y vengo á pediros su mano.

MARQ. Mucho me lisonjea, Eduardo, por el aprecio en que os tengo, la predileccion que os merecemos. No obstante, me permitereis que os haga presente, la gravedad del asunto de que me hablais. Sois aun muy jóven; Maria tambien lo es, y aunque quisiera prescindir de vuestra escasa fortuna, porque la de mi hija es en estremo ventajosa, creo que deberíais reflexionar...

EDU. Señor Marqués, bien sabeis que en la juventud no hay mas reflexion que aquella que nos inspira nuestro primer amor...

MARQ. Sin embargo...

EDU. El que profeso á María es intenso, y no podria satisfacerlo de otro modo, sino haciéndola mi esposa. Conozco la formidable barrera que nos separa; ella es rica, yo pobre; pero este mismo amor alienta mi esperanza, para comprender, que la fé en el trabajo, compensará algun dia con esceso la riqueza que ella posee en estos momentos. Me alienta al mismo tiempo á dar este paso, el asentimiento de la señora Marquesa, á quien he tenido el honor de consultar.

MARQ. La Marquesa ama con esceso á su hija, y no es estraño, que el deseo de verla feliz, la haya precipitado á manifestaros una conformidad, que ha sido imprudencia confesaros tan pronto. Las mujeres miran las cosas de sus hijos, de diferente manera que las miramos nosotros. Esto, querido Eduardo, no es una negativa; es manifestaros, que en trance tan difícil como delicado, me cumple obrar con reflexion y que necesito tomar tiempo. Podeis volver á vermé, y entonces os diré mi resolucion. La marquesa y mi hija quedan en sus habitaciones; no tardarán en salir; podeis esperarlas, y permitid que me retire. (*saluda secamente y vase.*)

ESCENA IV.

EDUARDO, *solo.*

Dios mio! Es esto una negativa? No sé qué pensar! Yo, que alimentaba la ilusion de que muy en breve... Pero no es posible que este hombre me arrebate en un momento la felicidad con que he soñado... María me ama, y amándome, no hay obstáculo posible que se oponga al logro de nuestros deseos. Oh! Aquí estan!

ESCENA V.

El mismo, MERCEDES *y* MARÍA.

MAR. Eduardo!

EDU. Señora (*á Mercedes.*)

MER. Qué hay? Decid, le habeis hablado?

EDU. Le he hablado, señora.

MER. Esa palidez, esa agitacion, qué significan?

EDU. Significan que soy muy desgraciado.

MAR. Dios mio!

MER. El Marqués?...

EDU. No me ha dado una negativa, pero creo haberla adivinado en sus palabras. Me ha mandado volver; ha censurado vuestra conformidad, y ha tratado de convencerme, de que en un asunto tan delicado, necesita obrar con reflexion.

MER. No desconfieis...

MAR. Oh! sí; mi padre no me ama...

MER. Y por qué, María? Eres injusta. Porque su carácter es adusto, crees que no se interesa por tu bienestar? Hay ciertos pasos en la vida, que necesitan darse con madurez... Y tiene razon en apostrofar mi ligereza.

EDU. Señora!...

MER. Sí, Eduardo; no se trata de un asunto sin consecuencias; se trata de consolidar para siempre vuestro porvenir, el de María, y esto necesita, mas que nada, reflexionarse. Creedme, hijos mios; el Marqués os otorgará su permiso, y en tomarse tiempo para resolver, os dá una prueba de su cariño.

EDU. Señora, esas palabras me tranquilizan; hacen que conciba de nuevo la esperanza que estaba próxima á desaparecer. (*sale Antonio.*)

ANT. Señora, un hombre de no muy buen aspecto, acaba de entregarme esta carta para el señor Marqués, y dice que aguarda la contestacion. Añade, que se trata de un asunto de mucho interés, para su escelencia.

MER. Bien; pasa á la habitacion de mi esposo, y entrégale esa carta. (*vase Antonio.*) Venid, Eduardo; el Marqués tendrá que recibir á ese hombre, y puede importunarle nuestra presencia. (*vánse.*)

ESCENA VI.

El MARQUÉS, *y* ANTONIO.

MARQ. Dices que espera?

ANT. Si señor.

MARQ. Aguarda. (Qué será?) (*abre la carta y lee aparte.*) «Un hombre que os conoce hace mucho tiem»po, tiene necesidad de hablaros. Como ni su traje »ni su aspecto, le permiten la entrada en casa de los »que como vos son ricos»... Es original! «se vale »de la presente para que le concedais unos momen»tos. Le lleva hácia vos un asunto del mayor in»terés, y que tiene relacion con una historia ocur»rida hace diez y ocho años. »Dios mio! Sin firma...) Dile que entre...

ANT. Señor, vais á recibirle en esta sala?

MARQ. Por qué no?

ANT. Es que su aspecto...

MARQ. Obedece. (*vase Antonio.*)

ESCENA VII.

El MARQUÉS, *despues* DIEGO.

MARQ. Quién puede ser? (*leyendo.*) «Una historia »ocurrida hace diez y ocho años...» Si sabrá mi secreto! (*viéndole entrar.*) Dios mio! Este hombre...

DIEGO. Me habeis conocido. Ya lo suponia yo. Soy aquel con quien tuvisteis un encuentro desagradable, hace algunas noches, en casa de...

MARQ. Silencio, imprudente!

DIEGO. No hace al caso el nombre. Decia que tuvísteis conmigo un encuentro, y que á no ser por un arma de fuego con que tuvísteis la poca amabilidad de saludarme, os hubiese dado un mal rato. No me pesa el saludo; así como así, aquel fracaso ha motivado la feliz ocasion de que renovemos nuestras antiguas amistades, que una ausencia de diez y ocho años habia interrumpido.

MARQ. Vuestra fisonomía no me es desconocida.

DIEGO. Ya lo creo! Sin embargo, ha cambiado mucho. Cuando no tiene uno sobre qué caerse muerto, hasta las facciones se truecan en sombrías; y eso me pasa á mí. Pero estoy muy cansado. Los señores acostumbran á hacernos pasar unas antesalas tan largas, y como he estado un cuarto de hora esperando... (*se sienta cómodamente en una butaca.*)

MARQ. Esa franqueza...

DIEGO. Es muy natural, amigo Fernando...

MARQ. Amigo vuestro!

DIEGO. Es claro; porque si al fin hemos de reanudar nuestras antiguas relaciones, debemos empezar por tratarnos con la misma confianza que en otros tiempos.

MARQ. Acabad de una vez.

DIEGO. Lo que voy es, á empezar. Miradme bien. Yo me llamo Diego...

MARQ. Bien, y qué?

DIEGO. No, esperad; es que antes me he llamado Don Diego...

MARQ. Don Diego qué?...

DIEGO. Despacio, amigo mio, despacio. Vos habeis estado en América. Muy bien hecho.

MARQ. Os estais chanceando?

DIEGO. En América! Lo celebro infinito, porque veo que la fortuna no os ha sido ingrata. Si hubiéseis permanecido en Madrid, estoy seguro que no hubiérais hecho gran negocio; pues el único que teníais pendiente, antes de vuestra marcha, se ligaba muy de cerca con el verdugo, y ya veis... (*el Marqués quiere hacerle callar.*) No me interrumpais, porque voy á empezar la historia de nuestro antiguo conocimiento. Habia en Madrid, hace diez y nueve años, una mujer, hermosa por cierto; rica, bastante rica, esta mujer se llamaba Elena...

MARQ. Elena!...

DIEGO. Hola! Parece que vais recordando!

MARQ. Sí, callad.

DIEGO. No, dispensadme; me es forzoso contaros esta historia, y creo que no sereis tan impolítico, que no querais prestarme atencion.

MARQ. Seguid, pero hablad bajo. Pudieran escucharnos...

DIEGO. Teneis razon; la precaucion es muy conveniente en ciertos casos. Continúo. Habia en Madrid una mujer que se llamaba Elena. Esta mujer se habia hecho rica por la muerte de su marido, y hay quien asegura, que la tal muerte habia ocurrido antes de tiempo; pero esto, para nosotros, no es del caso. Elena brillaba en los círculos aristocráticos, porque en aquellos tiempos, bastaba ser hermosa y rica; no sé si ahora sucederá lo propio, porque yo hace mucho tiempo que estoy limitado á una sociedad, donde no hay mas que perdidos sin dinero. Elena, por consiguiente, tenia muchos adoradores; unos que ambicionaban su hermosura; otros, eran los mas, que se fijaban en sus riquezas; entre estos se encontraban dos; uno se llamaba Fernando de Mendoza, y otro Diego de Sandoval: el primero erais vos...

MARQ. Silencio!...

DIEGO. El segundo era yo...

MARQ. Cómo! Vos Diego de Sandoval?

DIEGO. Veis como estoy desconocido? Qué quereis, amigo mio; los disgustos, los malos tiempos... Voy á proseguir...

MARQ. Pero, á qué esa relacion! Ya nos conocemos:..

DIEGO. No, os he dicho que esta historia es muy del caso. Pero si os molesta, la dejaremos para otro dia.

MARQ. No, continuad...

DIEGO. Fernando fué mas afortunado que Diego con Elena; logró cautivar su corazon, enloquecerla de amor, mientras que Diego se vió despreciado. Esto es indiferente; si no hubiera sucedido asi, Diego seria hoy Marqués, Conde ó Baron de cualquier cosa, y Fernando un miserable bandido, ó un afortunado asesino. Lo cierto es, que Fernando se casó con Elena, que en premio de aquel amor, ambos se constituyeron herederos recíprocos de sus bienes; para en el caso de morir uno de los dos; y que una noche, mientras el marido se hallaba ausente de Madrid, en negocios que él habia supuesto de suma urgencia, un puñal asesino arrancó la vida á Elena, y la justicia invadió la casa de aquel afortunado matrimonio.

MARQ. Pero, todo eso...

DIEGO. Voy á concluir, y ahora entra lo mas interesante. Por muy listos que anduvieron los tribunales, no pudieron descubrir á los asesinos de aquella mujer; pero la vindicta pública, que pocas veces se engaña, señaló con el dedo á un hombre; este hombre erais vos.

MARQ. Miserable!

DIEGO. No os altereis. Tuvísteis habilidad bastante, y mucho dinero para probar vuestra inocencia. Vestísteis con la mas refinada hipocresía el luto de la viudez, y huyendo del sarcasmo de la sociedad que os acusaba, os ausentásteis de la córte.

MARQ. Habeis concluido?

DIEGO. En cuanto á la historia, sí; falta solo el epílogo...

MARQ. Acabemos. Esto quiere decir, que teneis necesidad de dinero para emprender un viaje, lejos de Madrid, y quereis que yo os lo facilite. Cuánto necesitais?...

DIEGO. No, no es eso! Ya os dicho que es necesario que reanudemos nuestra antigua amistad, y para eso, se necesita mas que un puñado de oro.

MARQ. Bien, esplicaos. Creo que el comprar vuestro silencio sobre un acontecimiento de que solo sospechas...

DIEGO. Es menester que os pongais en razon.

MARQ. Pues bien; hablad de una vez...

DIEGO. Señor Marqués de Campo-Sagrado, ó estimadísimo amigo Fernando de Mendoza;—es igual—vengo á pediros la mano de vuestra hija.

MARQ. Insensato!

DIEGO. No os altereis, porque nada hay de particular en esta peticion. Verdad es que soy un perdido; que mi haraposo pelaje me hace indigno hasta de pisar estas alfombras; pero eso no importa; vos sois inmensamente rico, y todo está remediado conque compartais conmigo vuestra inmensa fortuna.

MARQ. Estais loco!

DIEGO. Eso he creido yo la noche en que tuvimos nuestro primer encuentro; que estaba loco, pero muy luego comprendí, que me habia enloquecido la alegría de encontraros en ese estado de opulencia, con la cual yo pienso variar tambien de posicion. Y en fin, señor Marqués, la mano de vuestra hija, y la mitad de vuestra fortuna, ó mañana probaré ante los tribunales, que vos sois el asesino de vuestra esposa.

MARQ. (*sarcásticamente.*) Vos! Probarlo vos! Ea, acabad de una vez, ó haré que os arrojen de mi casa.

DIEGO. Elena murió á manos de un hombre. A ese hombre tuvísteis la debilidad de escribirle una carta.

MARQ. Pero ese hombre ha muerto.

DIEGO. Mas la carta se encuentra en mi poder, y mañana los tribunales se ocuparán de ella.

MARQ. (*amenazándole.*) Pues bien; esa carta, esa carta; es preciso que me deis esa carta.

DIEGO. La mitad de vuestra fortuna, y la mano de vuestra hija.

MARQ. Eso es imposible. La fortuna que poseo no me pertenece; pertenece á mi mujer.

DIEGO. Quedad con Dios.

MARQ. No, deteneos... Pero viene gente. Es mi familia. Salid por Dios, y mañana, hoy mismo nos volveremos á ver.

DIEGO. Hoy mismo.

MARQ. Dónde?

DIEGO. En casa de Margarita.

MARQ. No faltaré.

DIEGO. Ya veis, querido Marqués, cómo al fin hemos vuelto á reanudar nuestras antiguas relaciones.

MARQ. Salid.
DIEGO. Nada temais. Sé disimular perfectamente.
MARQ. No importa; salid.
DIEGO. Ved que os espero.
MARQ. Os he dicho que no faltaré.
DIEGO. (Ya es mio. Ahora tenemos un pícaro mas en nuestra sociedad.) (*vase.*)

ESCENA VIII.

El MARQUÉS, MERCEDES, MARÍA *y* EDUARDO.

MARQ. (Este hombre ha venido á complicar mi situacion. Yo sabré deshacerme de él.)
MER. Estábais aquí, amigo mio?
MARQ. Si; y á buen tiempo llegais. Eduardo hace un momento me ha pedido la mano de vuestra hija.
MER. Si; y habeis ofrecido reflexionar para contestarle.
MARQ. Pues bien; ya he reflexionado.
EDU. Será posible!
MER. Y qué resolveis?
MARQ. Resuelvo... negársela.
EDU. Oh!
MARÍA. Dios mio!
MER. Sois implacable!
(El Marqués, al decir su última palabra, sale precipitadamente. Eduardo y María se cambian una mirada recíproca de sentimiento. Mercedes, con aire de indignacion, sigue con la vista al Marqués, hasta que desaparece.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de tránsito en casa del Marqués. En primer término, á la derecha, un balcon: en segundo, una puerta secreta. A la izquierda y al foro, puertas laterales. Muebles sencillos pero de buen gusto.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS *solo.*

No hay remedio, tengo que decidirme. Esa mujer se empeña en que de grado ó por fuerza nuestra separacion tenga efecto, y esta separacion es mi ruina. Por otra parte, la tenaz exigencia de Sandoval. Y no hay que dudarlo; será capaz de presentar á los Tribunales la carta que prueba mi criminalidad, y entonces... Oh! Entonces todo está perdido para mí. Debo decidirme. Sandoval tiene que venir esta noche y ese hombre será ciego instrumento de mis planes... Su ambicion... Oh!... Ya tarda. Quién? (*viendo que llega Antonio.*)
ANT. Señor, ese que dice llamarse Diego de Sandoval, y que vino el otro dia, espera permiso...
MARQ. Dile que entre. (*vase Antonio.*) Oh! tenia seguridad de que no faltaria... Él es.

ESCENA II.

El MARQUÉS *y* DIEGO.

DIEGO. Creo que no me he hecho esperar.
MARQ. Me teníais impaciente.
DIEGO. Y podré saber?...
MARQ. Para que os he llamado?...
DIEGO. Precisamente. Hace dias que no nos habíamos visto. Me pedísteis tiempo para reflexionar sobre mi peticion, y ya veis que he sido complaciente...
MARQ. Os debo ese favor, mi querido Sandoval...
DIEGO. (Me llama querido! Esto marcha.)
MARQ. Es forzoso que de una vez nos entendamos.
DIEGO. Eso mismo iba yo á deciros; porque á la verdad, hasta ahora todas han sido concesiones por mi parte, y vos... nada... ni esto. Me habeis quitado á Margarita, de que os he hecho cesion generosamente; la habeis traido á vuestra casa, donde la haceis ocupar el puesto de ama de llaves; oh! no podíais confiar en mejores manos vuestros intereses! y eso, sin que de todo ello nos podamos esplicar el objeto.
MARQ. Oidme. Sois dueño de un secreto que puede perderme; por ese secreto me exigis la mitad de mi fortuna, y la mano de mi hija, lo que quiere decir, que tomais ahora la mitad de mis bienes, y quereis heredar la otra mitad cuando yo muera. Ya os he hecho comprender, que esa fortuna que codiciais no me pertenece; que pertenece á mi esposa; que mi esposa, cansada de soportar la desastrosa vida que lleva desde nuestro casamiento, me amenaza con el divorcio, y me pide cuenta de sus bienes, cuenta que no puedo darla, porque he disipado mucha parte de su caudal. Pues bien; no nos queda mas que un camino para que vos seais rico y yo tambien. No es bastante que os conceda la mano de mi hija; ella se negaria á aceptar la vuestra; su madre nos haria una cruda oposicion, y acaso este mismo incidente, la decida á apresurar las diligencias judiciales contra mí. Pero hay mas; supongamos que se atropellan todos los inconvenientes, y os casais con María; *interin su madre exista*, sus bienes no pasarán á vuestro poder... Ya os he dicho, que nada hay mio...
DIEGO. (*reflexionando.*) Y decis, que solo hay un camino?...
MARQ. Si.
DIEGO. Y ese camino?...
MARQ. Puesto que vos no podeis ser rico, ni yo tampoco, porque esa mujer lo estorba...
DIEGO. Ya!
MARQ. Veo que me entendeis...
DIEGO. Si; creo que nos vamos entendiendo. Pero hablemos mas claro... Quereis decir, que lo que estorba debe quitarse de en medio? Y bien; habeis pensado cómo? Las consecuencias...
MARQ. Es preciso que vos...
DIEGO. Yo!...
MARQ. Sereis dueño de la mitad de su fortuna, porque entonces os casareis con María...
DIEGO. (Y quién sabe si me contentaré con la mitad!)
MARQ. Mañana podré yo faltar, y entonces todo seria vuestro...
DIEGO. (Si antes no te has apresurado á consumirlo.) Vamos, vos quereis pasar lo que os resta de vida, al lado de Margarita, sin estorbos que se opongan á vuestro amor, y disfrutando de una riqueza, que hoy está á punto de escaparse de vuestras manos?...
MARQ. Pues bien; sí; estoy loco por Margarita. Necesito vivir con ella tranquilamente, sin esa asechanza que me rodea, sin el hastío que me causan los gemidos de una mujer, que me echa en cara á cada momento mi deshonra...
DIEGO. Vuestra deshonra?...
MARQ. Sí; entre la Marquesa y yo, existe un terrible secreto, que me obliga á humillar mi frente en su presencia.
DIEGO. Pero, cómo ha de ser?...
MARQ. Oidme. Yo me ausento esta noche de Madrid...
DIEGO. Esta noche? (La cosa urge!)

MARQ. Un negocio de importancia me obliga á partir á un pueblo cercano. Mi mujer y mi hija, á quienes este viaje no causará sospecha, se recojerán sin el menor cuidado á la hora acostumbrada; los criados tambien. Cuando esten dormidos, Margarita, que habrá velado, os abrirá la puerta... Entonces... Solo, ó acompañado por el padre de Margarita...

DIEGO. Entramos; nos dirijimos al dormitorio de la marquesa... y allí...

MARQ. Eso es...

DIEGO. Pero, si nos descubren...

MARQ. Si os dais buena maña es imposible. Venid acá. Veis esta puerta? Es una salida secreta. (*por la de la derecha.*) Conduce á un sótano que tiene la casa, y que no es conocido de ninguno mas que de mí; esta puerta es un misterio para todos; en caso de peligro, ahí podeis ocultaros. Yo os vendré á sacar de vuestro retiro, cuando no tengamos peligro.

DIEGO. Pero... y si no veniéseis?...

MARQ. Insensato! Desconfiais? No teneis en vuestro poder el secreto de mi crímen? Creeis que no comprendo, que si no viniese á sacaros del sótano, si fuéseis descubiertos, no os vengaríais de mí, delatándome, y todos nos perderíamos juntos?

DIEGO. Teneis razon. De modo que...

MARQ. Dentro de algunos dias, los tribunales sobreseerán en una causa, donde no habrá reo conocido... Pasará algun tiempo... Despues Don Diego Sandoval, un caballero de brillante posicion, habrá llegado á Madrid, ausente algunos años de la córte... Se presenta en la alta sociedad... allí se enamora de mi hija, y me la pide en matrimonio, á cuyo enlace he tenido por conveniente acceder.

DIEGO. Y me caso con ella...

MARQ. Y sois dueño de la mitad de mi fortuna...

DIEGO. Estrechad mi mano. (*lo hace.*) Habeis prevenido á Margarita?

MARQ. Perded cuidado por eso...

DIEGO. El infierno haga que no me falteis...

MARQ. Que él os auxilie en vuestra empresa. (*Vase Diego.*)

ESCENA III.

El MARQUÉS, *luego* ANTONIO.

MARQ. Sí, es el único medio... Antonio? (*llamando.*)

ANT. Señor.

MARQ. Haz preparar mi maleta. La silla de posta al momento, y anuncia á la Señora, que parto inmediatamente para Talavera, á asuntos de suma importancia, y que no sé si regresaré mañana...

ANT. Está bien; ordenais alguna otra cosa?

MARQ. No; despáchate... (*Vase Antonio.*) Oh! mañana no habrá quien tenga derecho á pedirme cuenta de mis acciones... Y si Sandoval errase el golpe?.. Si fuese descubierto, y me denunciase?... Imposible. Es asesino de profesion, y estoy seguro que no se le escapará su presa. Siento pasos. Oh! cuánto me abruma la presencia de esta mujer... Si descubriese en mi agitacion!.. Huyamos...

ESCENA IV.

El mismo y MERCEDES.

MER. Deteneos, Fernando.

MARQ. No os habia visto, Señora... Iba...

MER. Necesito hablaros.

MARQ. He mandado preparar mi equipaje y la silla de postas. Voy á ausentarme por algunas horas; un asunto del mayor interés...

MER. Y os marchábais sin avisarme?

MARQ. Habia ordenado á Antonio, que lo pusiese en vuestro conocimiento.

MER. Pero no podeis deteneros por algunos instantes? Seré breve.

MARQ. Señora, me es imposible. Ya os he dicho, que un negocio de suma urgencia... Además, comprendo que quereis hablarme de vuestros asuntos.

MER. En efecto.

MARQ. Pues si solo de eso se trata... Puedo aseguraros, señora, (*afectando ternura.*) que he reflexionado lo bastante, para comprender cuánta ha sido hasta ahora mi obcecacion. Resignaos hasta mi vuelta, y entonces, creedlo, os aseguro que quedaremos arreglados de tal manera, que en lo sucesivo no volverá á alterarse la paz en nuestro matrimonio.

MER. (*sorprendida.*) Qué decis?..

ANT. (*que asoma á la puerta.*) Señor, vuestro equipaje está listo, y la silla espera á la puerta. (*vase.*)

MARQ. Ya lo veis, Marquesa; me es imposible detenerme. Os repito, que es tal mi propósito respecto á vos, que podeis abrigar una ciega confianza, en que mañana ya no habrá disidencias entre nosotros. (*vase.*)

ESCENA V.

MERCEDES, *sola.*

Dios mio! Será cierto lo que acabo de oir? Sí, él lo ha dicho; mañana la tranquilidad reinará en esta casa. Dios es justo! Ya que el amor no impere entre nosotros, reine al menos el deber, de que tenemos que sacrificarnos á las exigencias del mundo. Logre yo asegurar el porvenir de mi hija, aun cuando ahogue en mi corazon la desgracia que me persigue. Quiero llamar á María. Que participe conmigo de este rayo de felicidad que el cielo me depara. María. (*llamando.*)

ESCENA VI.

La misma, MARÍA; *despues* EDUARDO.

MER. Ven, María! Oh! Cuán alegre estoy! Tu padre acaba de pronunciar frases tan consoladoras para mí, qué me han devuelto la calma y la alegría.

MAR. Consiente al fin en mi union con Eduardo?

MER. Sí, porque sabe que ese es mi mayor deseo.

MAR. Qué contento se pondrá Eduardo cuando lo sepa! Oh! Vedle, madre mia, aquí está. (*viéndole llegar.*) Ven, Eduardo; mi padre...

EDU. Consiente en nuestra union?

MAR. Es casi seguro; mi madre así lo cree.

MER. Sí, hijos mios, tengo la mas íntima confianza, en que el Marqués accederá á mis súplicas.

EDU. Pero, os ha dicho?...

MER. Aun no hemos podido hablar de vosotros; pero tengo fundados motivos para creer... Sí, no puede ya oponerse... Un arreglo de familia, dará por resultado vuestra union.

MAR. Oh! Cuánta felicidad!

EDU. María!

MER. Hijos mios; Dios os dé tanta ventura, cuanto desgraciada ha sido hasta ahora vuestra madre. Retiraos, Eduardo; el Marqués acaba de partir... Mañana, á su regreso, quedará todo arreglado.

EDU. A Dios, madre mia. A Dios María.

MAR. A Dios, Eduardo.

MER. Vamos nosotros á pedir á Dios por el feliz regreso de tu padre.

(Vase Eduardo por el fondo; Mercedes y María por la primera puerta izquierda. Un momento de pausa. Despues saldrá Margarita por la segunda puerta de la izquierda, cuidando antes de convencerse de que no hay nadie en la escena.)

ESCENA VII.

MARGARITA, *sola.*

No hay nadie; las señoras se han marchado á sus habitaciones, y Diego debe estar en la calle, esperando mi señal para entrar. Oh! Qué noche tan horrible se prepara! El Marqués no ha querido permanecer en Madrid. Trata así de guarecerse de las hablillas del vulgo, y escapar al rigor de la justicia. Nécio! Ignora que despues será nuestra primera víctima? Cásese Diego con María; apure yo la amarga copa de mis desesperados celos, viendo al hombre que amo en brazos de otra mujer... que tambien esa mujer será el blanco de mi rencor... Sí, es preciso que desaparezca por completo esta familia, porque cuando así suceda, Diego será dueño de su gran fortuna, y yo, cuando menos... Qué importan los medios, si van encaminados á tan ventajoso fin! Hagamos la señal; y mientras Diego sube, observemos si duermen los criados. (*Llega al balcon, lo abre; dá tres palmadas, que son contestadas por otras tres.*) Ahí está! Ya me ha oido. Oh! Su carácter es inflexible. Propuesto á conseguir un objeto, nada puede hacerle retroceder. Veamos si los criados duermen. (*vase segunda puerta izquierda.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO *por el foro.*

No hay duda, aquí pasa algo de estraordinario. Al ir á bajar el último tramo de la escalera, á la luz del farol que alumbra el portal, he creido ver á un hombre que se recataba... Luego he sentido tres palmadas; el hombre oculto ha salido á la calle, y ha respondido con otras tres. No he querido proseguir mi camino; he retrocedido hasta aquí, y me ha parecido sentir pasos tras de mí; al llegar al piso principal, he hallado la puerta que dá á la escalera entornada.—Qué será? Por imprudente que parezca mi curiosidad, debo perseverar en ella... El Marqués está ausente... María y su madre duermen en esa pieza inmediata... Será que María... Oh! imposible!... Es criminal tal pensamiento. Siento pasos... Me ocultaré tras esta puerta. (*se oculta por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

DIEGO, JUAN *y* MARGARITA; *los primeros por la puerta del foro; la última por la segunda izquierda.*

DIEGO. Margarita! (*á media voz.*)

MARG. Diego! (*idem.*)

DIEGO. Somos nosotros. Está todo listo?

MARG. Sí; las señoras ya estan recogidas hace rato, y los criados, al parecer, duermen.

DIEGO. Estás segura?

MARG. Sí.

DIEGO. El Marqués?...

MARG. Dispuso su viaje, lo anunció á su familia, y ha partido.

DIEGO. Has hablado con él?

MARG. Sí.

DIEGO. De modo que ya estás enterada de nuestro plan?

MARG. Sí; matará la señora... Y tú has meditado bien la manera de llevarlo á cabo?

DIEGO. Todo está previsto...

MARG. No obstante, si se descubriese...

DIEGO. Nada temas; son bien públicos los disgustos entre el Marqués y su esposa! Todo el mundo sabe, que la Marquesa es desgraciada. Pues bien, acabaré su vida con un arma de fuego, que al efecto me acompaña; luego, la coloco al lado del cadáver; de modo, que cuando mas tarde penetre la justicia, todos creerán que la Marquesa, cansada de soportar las desdichas que la rodean, se ha suicidado.

JUAN. Pero nosotros?...

DIEGO. Nosotros tendremos tiempo para huir.

JUAN. Ya te he dicho, Diego, que tu plan es diabólico, y que yo...

DIEGO. Eres un cobarde. Y sobre todo, no te violento para que me ayudes; puedes marcharte; pero despues no te creas con derecho á reclamarme... Nuestro pacto concluye desde este momento... Si no compartimos los peligros, tampoco debemos compartir las ganancias...

JUAN. Sí, pero esta clase de peligros... Cuando se juega la cabeza...

DIEGO. Miserable! Vale nuestra cabeza, por ventura, lo que vamos á ganar en esta jugada?... Cuándo se nos presentará otra ocasion de hacernos poderosos? No hay que perder tiempo... Si retrocedes, franca tienes la salida. Además, para nada te necesito; vosotros nada teneis que hacer, sino cuidar, mientras yo doy el golpe, de que los criados... Vamos, decídete de una vez...

JUAN. Te aseguro, que no sé por qué tengo miedo!..

DIEGO. Juan, juguemos de una vez el todo por el todo.

JUAN. Bien mirado, no es esta ocasion de reflexionar...

DIEGO. Ea, pues, no hay que pensarlo más. Asegurémonos primero de que duermen los criados. Despues, vosotros á su cuidado; yo á la habitacion de la Marquesa...

MARG. Vamos, por aquí... (*indicándoles la segunda puerta izquierda, por donde desaparecen.*)

ESCENA X.

EDUARDO, *saliendo.*

Sí, bien claro lo he oido; se trata de un asesinato. Dios mio! Qué hacer? Qué partido tomar? Avisar á la Marquesa, sería causarle un sobresalto, y acaso nada conseguiríamos... Esos hombres están decididos á cometer un crímen, atropellarian por todo, y yo sin armas.... No hay mas medio que avisar á la policía. La casa no tiene otra salida que aquella; dejaré cerrada la puerta... Y si no llego á tiempo? Oh! Dios no querrá que se perpétre este atentado. No hay tiempo que perder... Partamos. (*Vase por el fondo, dejando cerrada la puerta.*)

ESCENA XI.

DIEGO, JUAN *y* MARGARITA.

DIEGO. Todos duermen; no hay tiempo que perder... Por dónde?..

MARG. Por aquí. (*señalando la primera puerta izquierda.*) La segunda habitacion es la alcoba de la Marquesa; la otra la de su hija...

DIEGO. Oh! no se malogrará nuestro intento. Vosotros me esperais aquí. Cuidad de esa puerta. (*por la segunda izquierda.*) Si alguien acudiese... ya sabes Juan.

JUAN. En cuanto á eso, descuida.
DIEGO. Andando. (*prepara una pistola y entra por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

Los mismos, escepto DIEGO.

MARG. Tengo miedo!
JUAN. Y yo. Te aseguro que este momento, es para mí el mas terrible de mi vida. Soy un pícaro, lo confieso; pero se me hace cargo de conciencia derramar la sangre inocente de esa mujer...
MARG. (*escuchando con intranquilidad.*) Ya no se sienten las pisadas de Diego. Todo está en silencio...
JUAN. (*lo mismo.*) Cuánto tarda! Esto es negocio de un momento... (*suena dentro el martillazo sobre el piston de una pistola.*) Somos perdidos. Ha fallado el tiro!..
MARG. Qué contratiempo!.. Y Diego no sale...
JUAN. Esta tardanza...
MARG. Dios mio! (*viendo salir á Diego que aparece con un puñal en la mano, ensangrentado, así como sus vestidos. El aspecto de su rostro deberá ser horrible.*)

ESCENA XIII.

Los mismos y DIEGO.

JUAN. Y bien?
DIEGO. Maldicion!... Mi mano que nunca ha temblado, me ha vendido...
MARG. Cómo?
DIEGO. Disparé la pistola, y no salió el tiro... Erré el golpe...
JUAN. Pero, esa sangre?..
DIEGO. Qué hacer? Al ruido que produjo el gatillo de la pistola, amartillando el piston, despertó esa mujer. Estaba todo perdido y no me era dable retroceder... He tenido que sostener con ella una lucha sangrienta...
JUAN. Pero al fin...
DIEGO. Ha sucumbido á mis golpes. Es necesario huir al momento. Estoy horrorizado; esa mujer es hermosa...
MARG. Huyamos... Cielos, esta puerta... Está cerrada!... (*por la del fondo.*)
DIEGO. Cerrada!... Nos habrán vendido?...
JUAN. Quién sabe si el Marqués...
MARG. Infame!...
MAR. (*dentro.*) Madre! Madre mia!
DIEGO. Esa voz! Vamos á ser descubiertos...
MARG. Por aquí se siente ruido: suben la escalera...
JUAN. Por dónde huir?...
MARG. Venid por aquí... Nos ocultaremos al menos...
DIEGO. (*resolviéndose.*) Oh! es imposible que yo desista. Juan, toma esa carta. (*dándole una que saca de su bolsillo.*) Con ella pierdes al Marqués... Huid vosotros por donde la suerte os depare... Si os veis perdidos, si lo estoy yo, si el Marqués no os pone á salvo, entrega ese papel á la justicia, y que sucumba tambien ese hombre...
JUAN. Pero, tú...
DIEGO. Yo? Yo... No sé lo que haré...

ESCENA XIV.

Los mismos y MARÍA, *que sale precipitadamente y como fuera de sí. Despues* EDUARDO *un* COMISARIO *y varios agentes de policía. Los personajes de esta escena aparecen ó se marchan segun lo vaya marcando el diálogo.*

MAR. Favor! Socorro! Madre! Madre mia! Han muerto á mi madre! Ah! (*Quiere retroceder horrorizada al encontrarse con Diego, pero este se apodera de ella consiguiendo con poco esfuerzo taparle la boca, hasta que por ultimo cae desmayada en sus brazos.*)
DIEGO. Silencio! (*se oye ruido de gente en el fondo.*)
MARG. Se acercan por aquí... huyamos. (*Juan y Margarita desaparecen por la segunda puerta.*)
DIEGO. Y yo? Oh! Mi presa es esta. Ah! la puerta secreta... El sótano... Si... Es verdad... Por aquí... Me he salvado!

(Abre la puerta secreta y se marcha con María. Aparecen por la del fondo Eduardo, un Comisario de Policía y varios agentes. Eduardo les señala la primera puerta de la izquierda, y todos atraviesan la escena y penetran por ella, dejando centinelas en la del fondo.)

EDU. Oh! Habremos llegado tarde. Por aquí.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

CUADRO PRIMERO.

Sala de la alcaidía de la Cárcel. Puertas á derecha é izquierda; verja al foro.

ESCENA I.

El ALCAIDE *y un* CARCELERO.

CARC. Con que al fin la Audiencia ha fallado?...
ALC. Como era natural.
CARC. Pero los tres?...
ALC. Si, los tres sufrirán la misma pena á las doce del dia de hoy.
CARC. Yo creo, señor alcaide, que la Audiencia ha estado demasiado severa con esos infelices... Sobre todo, el mas jóven me inspira una compasion!... Está tan abatido!... Ya veis, un hombre tan rico, un marqués...
ALC. Y qué? Creeis que por ser rico y Marqués, deja de ser criminal? La ley no reconoce clases ni gerarquías. La Audiencia ha obrado en justicia. Hace tiempo que vienen perpetrándose en Madrid crímenes espantosos, sin que en los mas de ellos puedan descubrirse sus autores. La vindicta pública reclama un escarmiento, y el tribunal ha tenido ocasion de satisfacerla en estos tres grandes criminales. Por eso, al condenarlos á sufrir la última pena, ha querido que la ejecucion tenga lugar en el mismo dia y á la misma hora.
CARC. Y sin embargo, no se les acusa del mismo delito.
ALC. No; al Juan Jimenez y su hija se les encontró ocultos en casa del Marqués, la noche en que la esposa de este, la señora Marquesa de Campo-Sagrado, fué herida mortalmente por un asesino llamado Diego Sandoval, que no ha podido ser habido, á pesar de las gestiones hechas por el tribunal para conseguir su captura. Eran efectivamente sus cómplices el Juan Jimenez y su hija Margarita, con la que aseguran sostenia relaciones ilícitas el Marqués. Ya presos estos criminales, se ha descubierto ser los autores de otros muchos crímenes, que cobardemente han confesado, delatando á su cómplice Diego Sandoval, de ser el verdadero autor de otros muchos, y el que presidia una especie de sociedad, en que se hallaban constituidos al efecto.

CARC. Sí, pero el Marqués...

ALC. La Margarita es una infame. Despues de seducirle con los atractivos de su belleza, de fingirle un amor que no sentia, le ha vendido. Ya sentenciada, cuando se ha visto perdida ha presentado al tribunal una carta en la cual se prueba, que el Marqués, en sus primeros tiempos, fué casado con una señora á quien por apoderarse de todos sus bienes, mandó dar muerte. Tambien está probado en el proceso, que si Diego Sandoval trató de asesinar á la Marquesa, fué porque asi de antemano lo tenia convenido con el Marqués; por efecto de que entre ambos habia fraguada cierta intriga criminal, para apoderarse de su fortuna.

CARC. Teneis razon; todos son unos infames! Y creeis que hoy se lleve á cabo la sentencia?...

ALC. Es casi seguro, por mas que los reos han puesto en juego grandes influencias, para ver de obtener su perdon; pero el abogado acusador, ese jóven...

CARC. Sí, don Eduardo de Guevara...

ALC. Está muy encima del negocio, para que nada consigan...

CARC. Y el Señor Magistrado se halla con los reos?

ALC. Hace ya tiempo. El Marqués, viendo que se acercaba la hora de su muerte, ha pedido que se le permita ampliar sus declaraciones, y todavía estan practicando esta diligencia.

CARC. Y qué pensais vos?

ALC. Don Onofre, el Escribano, ha salido hace un momento, y me ha mandado buscar á Don Eduardo, porque dice que el Señor Magistrado tiene que hablarle con urgencia. Parece que el Marqués ha denunciado donde está oculto Diego Sandoval; que ha manifestado tambien, que su hija, que desapareció la noche del atentado contra la Marquesa, debe encontrarse en poder del asesino, y por último, que ha dado luces, acerca de cuanto en el proceso se hallaba oscurecido...

CARC. Y vendrá Don Eduardo?

ALC. No debe tardar.

CARC. Oh? Ese Sandoval debe ser una fiera. Se cuentan de él unas cosas!... Sabe Dios lo que habrá hecho de la hija del Marqués. ~~Dicen si pretendia casarse con ella~~...

ALC. Ya, pero no era cuestion de amor. Ese casamiento entraba en el diabólico plan que los criminales tenian trazado.

CARC. La captura de ese hombre seria muy importante; Madrid está consternado con la historia de tantos crímenes.

ALC. Silencio. Aquí sale el Señor Magistrado.

ESCENA II.

Los mismos, y el MAGISTRADO.

MAGIS. No ha llegado don Eduardo de Guevara?

ALC. No señor.

MAGIS. Es necesario que se le busque inmediatamente. Su presencia en este sitio es del mayor interés.

ALC. Voy, señor. (*hace señas al carcelero que se aleja.*)

MAGIS. A su llegada me dejareis á solas con él en esta habitacion, y cuidareis de que nadie nos interrumpa, esperando mis órdenes en esa pieza inmediata.

ALC. Aquí viene ya D. Eduardo (*Viéndole llegar; vase.*)

MAGIS. Bien está; salid.

ESCENA III.

El MAGISTRADO *y* EDUARDO.

EDU. Señor Magistrado, me han dicho que deseábais hablarme.

MAGIS. Os he mandado buscar con mucha urgencia.

EDU. Estoy á vuestras órdenes.

MAGIS. Los hombres habituados al crímen, llevan su infamia hasta los últimos momentos de su vida.

EDU. Qué quereis decir?...

MAGIS. El Marqués, ampliando sus declaraciones, acaba de denunciarme el paradero del asesino Diego Sandovál, y por consiguiente, el de su hija María, ó mejor dicho, de la hija de la Marquesa.

EDU. De la Marquesa? No os comprendo. María...

MAGIS. María no es hija de ese hombre.

EDU. Decidme, por favor... (*con ansiedad.*)

MAGIS María es hija de un infortunado amor.

EDU. Y decis que el Marqués ha denunciado su paradero?

MAGIS. Precisamente el de María, no; pero supone fundadamente, como sospechábamos nosotros, que Diego de Sandoval, en su huida, la llevaria consigo.

EDU. Y el paradero de Sandoval... Oh! hablad, hablad por favor! Ya sabeis que por salvar á María, daria gustoso la existencia...

MAGIS. La casa que habitaba el Marqués, segun él mismo ha manifestado, tiene una habitacion subterránea, una especie de sótano, tan solo conocido por él, así como su secreta puerta de entrada. Segun ha dicho, la noche en que se cometió el crímen, habia enseñado á Diego aquella puerta, cuyo subterráneo debia servirle de refúgio, en caso de que se viese precisado á huir...

EDU. Pero desde entonces...

MAGIS. Qué quereis decir?

EDU. Que á esta fecha, no es posible que se encuentre en aquel sitio...

MAGIS. Al contrario; nada hay mas probable. En primer lugar, porque siendo aquel un sitio ignorado, se habrá creido mas seguro en él que en otro cualquiera; y en segundo, que ya sabeis que la casa fué intervenida judicialmente: que se sacó de ella á la señora Marquesa, y que desde aquel momento ~~ha permanecido cerrada~~, lo que es un fundamento con una certeza, de que el criminal se encuentra allí todavía.

EDU. Pero en tantos dias?... El hambre...

MAGIS. Estais en un error. Comunicándose el sótano con las habitaciones de la casa, en ella, es seguro que habrán encontrado sobradas provisiones para su subsistencia.

EDU. Sí, teneis razon; es preciso ir al momento...

MAGIS. No debemos precipitarnos. Ese reconocimiento ofrece sumo cuidado, y no es prudente que se practique sin mi presencia. No puedo separarme de este sitio, interin los reos permanezcan en la capilla; restan solo momentos para la ejecucion, y no seria difícil que quisiesen hacer nuevas revelaciones. Poco tardará en partir la comitiva; luego que haya marchado...

EDU. Oh! Si llego á descubrir el paradero de María! No sabeis, señor Magistrado, cuanto será mi placer en poder entregársela á su madre... Mi reconocimiento hácia vos...

MAGIS. No me hableis de reconocimiento. La justicia que llena sus deberes, que cumple con su sagrado ministerio, no necesita recompensa.

EDU. No sabeis el bien que nos dispensais en estos momentos; la Marquesa moriria de pesar, si perdiese la esperanza de recobrar á su hija...

MAGIS. Tened confianza en mí.

EDU. Oh! Yo confio en la Providencia de Dios.

MAGIS. Y la señora Marquesa, continúa bien de sus heridas? Se restablece al fin?

EDU. Completamente, no; pero estoy seguro, señor Magistrado, que la presencia de María, cicatrizará radicalmente sus padecimientos físicos y morales.

MAGIS. Callad. (*dan las doce en un reloj de iglesia cercana.*) Las doce; ha llegado el fatal momento; el poderoso brazo de la justicia vá á caer sobre los criminales. (*toca una campanilla.*)

ESCENA IV.

Los mismos y el ALCAIDE.

MAGIS. Disponed que los reos sean conducidos á su destino. (*vase el Alcaide.*) Desde aquí los veremos pasar. Mucho tiempo hace que en Madrid se están perpetrando grandes crímenes, y el pueblo acusa de inercia á los tribunales; el pueblo, que no conoce que en nuestro pais, acaso sea la única institucion, donde la corrupcion, que domina á la sociedad en el siglo diez y nueve, no ha penetrado todavía. Duerma tranquilo el pueblo; la justicia vela por su seguridad. Ella saca siempre incólume su derecho, que es el derecho de la razon. El espectáculo que hoy se ofrece á su vista, es horroroso, triste en verdad; pero es la prueba mas evidente, de que los tribunales están alerta; que para ellos no existen clases ni gerarquías, que ante la ley todos son iguales, y que infeliz del que intente traspasar los límites de la humanidad y de la justicia!

EDU. Ya llegan!

(Se vé atravesar por la verja del foro la comitiva siguiente: romperá la marcha, alguna fuerza armada, con cajas de guerra que batirán marcha fúnebre: despues á alguna distancia, hermanos de la Caridad con los atributos consiguientes: uno tras otro, 1.º Juan, Margarita y el Marqués, cubiertos por la opa de los ajusticiados: al lado de cada uno un sacerdote con un crucifijo, y cerrando la marcha, mas hermanos de la Caridad y fuerza armada; todo con la pausa y separacion posible.)

MAGIS. (*cuando van pasando los últimos de la comitiva.*) La vindicta pública va á quedar satisfecha en parte. Solo un criminal, el mas culpable, sin duda, ha logrado, hasta ahora, sustraerse al terrible fallo de la ley; no descansemos hasta que cayendo en nuestro poder, quede de una vez castigado el delito y premiada la inocencia. (*Hace una señal á Eduardo y salen por la derecha.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Subterráneo ó sótano de la casa del Marqués. Formará su fondo el 2.º bastidor; en el centro un arco de tres varas de altura que será la del techo. Una escalera á la izquierda por donde se subirá á la casa. Al levantar el telon, María se hallará recostada sobre el pavimento, hácia el fondo de la derecha. Su trage, que será el mismo que tenia en el final del acto 3.º, se hallará descompuesto, lo mismo que su peinado; un farol en el suelo alumbrará la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *sola.*

Nada! Quince dias sin ver la claridad del dia... Sin saber cuál ha sido la suerte de mis padres!... Sola en el mundo, sin otra compañía que la de ese hombre feroz; que si alguna vez me dirige la palabra, es para insultarme, para mofarse con el mayor sarcasmo de la desgraciada situacion en que me encuentro! Ya hace muchas horas que nos falta hasta el preciso alimento para sostener la vida. La vida! Para qué la quiero, si he de soportarla en tan triste estado?... Madre mia! Herida mortalmente en aquella noche... muerta tal vez... y quizás por ese hombre, que no satisfecho con su crímen, aprovechando los momentos de tribulacion que entonces reinaban, me arrebató de su lado, y me condujo á este sitio, sin que pueda adivinar el objeto de sus deseos! Sus vagas palabras, su mirada feroz, su continuo sobresalto, todo me dá á entender, que ese hombre es desgraciado, que tambien sufre... Pero, por qué me retiene encerrada? Muchas veces he intentado mostrarme humana con él, y cuando mas le suplicaba, cuando me ha parecido que mis lágrimas ablandaban su pecho, una mirada horrible, ó un cúmulo de tenebrosas palabras sin coaccion, ha sido su respuesta. Y en tanto, aquí moriré de hambre, de desesperacion, apartada de los objetos mas queridos de mi alma!... Eduardo! Ah! su amor ha sido un mentido sueño!... Si fuese verdadero, si su pecho alimentase la pasion que abrasa el mio, ya hubiera arrostrado todo género de peligros, hasta descubrir mi paradero... Y quién sabe? Quién me asegura que Eduardo no será víctima de esta horrible traicion? Quién puede decirme, que no se encuentre encerrado como yo, y siendo víctima de la cruel asechanza de un malvado? Dios mio! Condoleos de mi situacion, y sacadme de este sitio; haced que respire el puro ambiente; y si tengo que resignarme á abandonar una vida, que ya me es enojosa, al menos, cuando la muerte se apodere de mí, que me vea rodeada de séres humanos, que me presten los auxilios de nuestra santa y querida religion. (*se levanta.*) Oh! no puedo sufrir mas; un terrible desfallecimiento se apodera de mí; mi frente arde, y mis sentidos se embargan de tal modo, que preveo mi cercano fin... (*cae de rodillas.*) Vírgen Santísima, madre mia de las Mercedes, apiádate de mí! Y tú, madre querida, que contemplas desde el cielo á tu desgraciada hija, dirige una mirada de compasion hácia mí, pide al Señor que me perdone... Qué debilidad!... Tengo frio!... Y el hambre!... No puedo... no puedo mas... (*queda aletargada. Un momento de pausa y aparece por la escalera Diego, completamente demacrado.*)

ESCENA II.

MARIA *y* DIEGO.

DIEGO. Todo continua en silencio! La misma soledad de siempre!... Es preciso acabar de una vez!... Me van faltando las fuerzas, y no puedo soportar la incertidumbre que me devora... Mi imaginacion se estravía. Una horrible pesadilla la mortifica... (*casi delirando, y queriendo reconcentrar las ideas.*) Era una noche... Si, una noche; bien me acuerdo... Era un hombre... rico, muy rico... habia cometido un crímen... dos crímenes... muchos crímenes... y yo tenia en mi poder la prueba de su secreto; podia perder á este hombre con solo una palabra... pero era rico, muy rico, y yo ambicionaba su riqueza... porque... porque yo era pobre... y la pobreza hacia insoportable mi vida... Era de noche... una noche muy oscura... Aquel hombre infame... Si, infame como yo!.. Viéndose perdido, hizo un pacto conmigo... Un pacto!...

Ibamos á repartir entre ambos una inmensa fortuna... pero era menester un crimen... el último... Era preciso derramar sangre!.. Sangre inocente!.. Oh! mi frente se abrasa!.. Todo estaba en silencio. Una mujer, á quién yo creia amar, me ayudaba en mi empresa... Ella sola?.. no... su padre tambien! Oh! Eramos cuatro... cuatro, á cual mas infames! Todos cuatro maldecidos de Dios!.. El silencio reinaba... Sí, el silencio de la muerte!... Todos dormian!.. Yo penetré en la casa... Despues en una habitacion... Luego en otra... A la opáca luz de una lámpara de alabastro, se dejaba ver un lecho... En aquel lecho habia una mujer... Era hermosa!.. La ví, y temblé... Quise retroceder, y no pude... Tuve miedo! Una pistola, debia ser el instrumento de mi crímen... fuí á disparar sobre la frente de aquella mujer, y mi mano tembló y no salió el tiro... Entonces saqué de mi pecho un puñal, y trémulo, horrorizado, mi brazo descargó sobre el cuerpo de aquella mujer, un golpe... dos, tres golpes... Já! já! já! Y la sangre corria sobre el blanco lecho!.. Y los gritos de aquella mujer herian mis oidos... Asesino!.. Y yo, aterrado, poseido de un calenturiento arrebato, con la sonrisa de la muerte en los labios, quise huir, y no podia... Al fin salí... Pero ya era tarde. Estaba perdido... Vendido... Descubierto... Una niña se habia desmayado de terror en mis brazos... Aquella niña... Sí, era la hija de la mujer que yo habia asesinado. Oh! la arrastré tras mí, y la conduje al subterráneo de aquella casa, por una salida que nadie conocia... Y pasó un dia... Y otro... Y otro... Tuve hambre, y volví á salir. La casa estaba desierta... todo cerrado... Busqué con qué alimentarme, y encontré una despensa provista de provisiones. Luego pasaron muchos dias... Nadie venia, y aquellas provisiones se agotaron... Despues han pasado algunas horas, y conozco... que estoy loco... que voy á morir, á morir de hambre!.. Solo... en medio de mis crueles remordimientos... Já! já! já! já!... Qué me importa la vida? Oh! La vida! Debo conservarla... quiero vivir... quiero ser rico... quiero ser poderoso!

(Cae desfallecido, despues de una nerviosa convulsion, conque acompaña sus últimas palabras. María recobra los sentidos y busca enrededor de sí.)

MAR. Qué es esto? Me habia dormido! Qué sueño mas dulce!.. Eduardo venia á salvarme... Mi madre tambien... Me tendia sus brazos... Ah! (*reparando en Diego.*) No estoy sola... Este hombre... siempre él!

DIEGO. (*volviendo en sí y reparando en María.*) María!

MAR. Callad, hombre cruel! No teneis compasion de mí? No os condoleis de mi desgracia?

DIEGO. De vuestra desgracia! Por ventura creeis que yo soy mas dichoso?

MAR. Teneis el corazon de piedra. Hace quince dias me habeis conducido á este sitio; no me dejais salir; y por último, me quereis matar de hambre.

DIEGO. Teneis razon; de hambre! Ese es nuestro sino; morir de hambre!

MAR. Pero vos salís...

DIEGO. Yo! Acabemos de una vez, María. Bien habeis visto, que en todo el tiempo que habitamos este miserable albergue... ni una palabra, ni la mas leve accion os ha demostrado, que haya sido mi intento ofender vuestro pudor... Comprendo tambien, que hubiera sido escusado, pues hubiéseis preferido la muerte... Pero no es eso; es que yo no os he conducido aquí, instigado por un mundanal deseo; os he traido, para que sirvais de rehenes contra los crueles perseguidores que tratarán de apoderarse de mí, para perderme. Vos ignorais quién soy; no sabeis que soy un miserable, un criminal amenazado de morir en un patíbulo, si llega á descubrirse mi paradero. Creeis que gozo de libertad porque me veis entrar y salir? Os equivocais. Estamos encerrados en una casa; en la vuestra.

MAR. En mi casa!

DIEGO. Sí, María; este sótano pertenece á vuestra casa.

MAR. Entonces, dejadme salir!

DIEGO. No os creeis ilusiones! En vuestra casa se ha cometido un crímen...

MAR. Sí, el de mi madre... madre mia!

DIEGO. Y quién creeis que es el autor de ese crímen?

MAR. Callad, lo comprendo todo; ya lo habia sospechado... Vos sois el asesino de mi madre!.. Y lo decís á su hija! Ah! ahora si que conozco que sois un infame!

DIEGO. Pues bien; desde la noche en que se cometió ese crímen, vuestra casa está cerrada por la justicia; no nos es posible huir por ningun lado. Los balcones estan tan altos, que intentar por ellos la fuga, seria buscar una muerte segura...

MAR. Entonces, dejadme salir; yo llamaré... yo pediré socorro.

DIEGO. Imposible; entonces seria descubierto, y me prenderian; ya os he dicho cuál es la suerte que me espera...

MAR. Os comprendo; preferis morir en este subterráneo, á espiar vuestro crímen en un patíbulo? Pero no veis que muriendo vos aquí, tambien yo voy á perecer?

DIEGO. Ya os he dicho, que sois una represália contra mis enemigos...

MAR. Callad; sois un hombre sin corazon!

DIEGO. Qué me importa vuestra acusacion? Vuestro padre es mi cómplice, y vuestro padre puede venderme; es el único que puede descubrir mi paradero. Si yo muero aquí, vos moris tambien, y de este modo me vengo de vuestro padre... Ya que no pueda salvarme, saborearé, en medio de mi agonía, el dulce placer de la venganza.

MAR. Qué horror! Dios mio! Morir de hambre! (*se arrodilla.*) Tened compasion de mí! Tened compasion de una pobre niña, que ningun mal os ha causado. Habeis dado muerte á mi madre; no seais tan cruel que querais tambien matar á su hija.

DIEGO. En vano es que me supliqueis, María. No comprendeis la inflexibilidad de mi carácter. Estoy ansioso de venganza, y para vengarme, necesito sangre! He aquí la causa de mi desesperacion! Teneis razon, se han agotado cuantas provisiones habia en vuestra casa, y hace tiempo que nada hemos probado.

MAR. Dejadme... dejadme salir! Yo os prometo, que pediré á todo el mundo de rodillas vuestro perdon; diré que me habeis respetado.... que habeis salvado mi vida... pero no seais tan cruel, que me hagais morir de este modo.

DIEGO. Callad... (*poniendo atencion hácia el lado de la escalera.*) No ois?

MAR. No; nada se oye.

DIEGO. Creí sentir!.. Esperad... es preciso ver... si me hubiesen descubierto... (*vase precipitadamente por la escalera.*)

ESCENA III.

María *sola.*

Dios mio! Tened misericordia de mí! Si alguna falta he cometido en este mundo, harto castigada está! (*poniendo atencion.*) En efecto, se oye un rumor! Qué podrá ser?... Habrán descubierto nuestro paradero y vendrán á salvarme?... Ahora nada se oye... Vana esperanza! Loca ilusion que embarga mis sentidos, para desvanecerse otra vez, y dejarme sumida de nuevo en el infortunio! Se sienten pisadas... Bajan la escalera... Ah! otra vez ese hombre!... (*viendo á Diego que llega precipitadamente y poseido de una alteracion febril.*)

ESCENA IV.

María *y* Diego.

Diego. No hay remedio, hemos sido descubiertos!...

Mar. Qué decis? (*con estremada agitacion y alegría.*)

Diego. La casa está cercada por la justicia; hay mucha gente arremolinada á la puerta; acabo de verlo desde un balcon...

Mar. Dios ha escuchado mis súplicas; vienen á salvarme...

Diego. A salvaros? Nécia de vos que tal habeis pensado.

Mar. Cómo? Qué intentais?

Diego. Creeis que impunemente he de entregarme en manos de la justicia? No os lo he dicho ya? Primero que entregarme, la muerte de los dos.

Mar. Infame! Sed humano una vez en vuestra vida...

Diego. No, María; estoy perdido, y ya no puedo vengarme de otro modo...

Mar. Pues bien; el todo por el todo. Me vais á matar... lo sé... pero no me impedireis que grite... que llame en mi socorro.... Aquí... aquí me teneis... (*fuera de sí y gritando.*) Venid á salvarme... Venid pronto.

Diego. (*con una calma horrible.*) Sí, gritad: haced que goce mas en mi agonía! Eso deseo... que griteis, que os oigan... creeis que no lo habia previsto?

Mar. Qué quereis decir?

Diego. Que mis perseguidores... los que vienen á salvaros, os oirán gritar, pero no podrán llegar hasta nosotros...

Mar. Sí, llegarán; forzarán las puertas, lo atropellarán todo...

Diego. Y qué importa? Cuando intenten penetrar aquí, las llamas interceptarán sus pasos... mirad... (*por el hueco que forma la salida de la escalera, se ven síntomas de un incendio.*) miradlas ya... He reunido á la puerta de esa escalera, cuanto combustible he encontrado á mano, y le he puesto fuego; aquí moriremos abrasados...

Mar. Ah!

Diego. Y los que vienen en busca vuestra, oirán nuestros postreros gritos de agonía, pero no podrán acércarse hasta nosotros... no podrán arrancaros de mi lado...

Mar. Qué horror! Dios mio! Este hombre es un aborto del infierno!.. Caiga sobre vuestra cabeza la maldicion del cielo, lo mismo que habrá caido ya la de los hombres...

(Por el lado de la izquierda se oye ruido de piquetas que chocan contra las piedras. Este ruido continuará muy frecuente y sin interrupcion. El incendio que se descubre por la izquierda, irá tomando mayores proporciones.)

Diego. Ese ruido...

Mar. Callad.

Diego. Se siente por este lado; el pavimento se estremece... esa pared...

Mar. Vírgen Santísima, tened misericordía de mí!..

(La pared que forma el fondo de la escena se desploma hácia fuera, asi como el arco del centro; por la abertura de dicha pared, antes de caer del todo, penetran Mercedes, Eduardo, el Magistrado y varios agentes de policía, que irán todos ejecutando la accion que marca la letra. Despues del desplome quedará completamente descubierta la escena, dejándose ver el incendio en su mayor estension; por la parte de la izquierda, en primer término, al fondo, una plaza pública, donde está levantado un cadalso, sobre el cual aparecerán agarrotados el Marqués, Juan y Margarita; al lado de cada uno, un sacerdote y un hermano de la Caridad; en último término, pero de un modo visible, el verdugo. Cuadro de tropa, tras la cual, por los costados y al fondo, se verá con gran profusion gente del pueblo. Este cuadro se prepara á gusto del Director de escena en los teatros donde se represente este drama sin la presencia del autor. Para hacerlo mas visible y formar el mejor contraste, el primer término de la izquierda se alumbrara con luz roja de vengala, y el cuadro del fondo con luz blanca, tambien de vengala.)

ESCENA ULTIMA.

Maria, Diego, Mercedes, Eduardo, *el* Magistrado, Juan, *el* Marqués, Margarita, *Clérigos, hermanos de la Caridad, el Verdugo, Agentes de Policia, tropa y pueblo de ambos sexos.*

Mer. (*penetrando y recibiendo á María en sus brazos.*) María!

Mar. Madre mia!

Mer. Hija del corazon.

Magis. Dónde está? Prendedle. (*los agentes de policía se apoderan de Diego.*)

Diego. La maldicion del cielo ha caido sobre mí!

Mer. Dios ha conservado mi vida, para que la justicia humana caiga sobre el culpable, y arranque á la inocencia de los brazos del crímen!

Magis. La vindicta pública ha quedado satisfecha.

Mer. Bendita sea la misericordía de Dios.

FIN DEL DRAMA.

PINTO:

Imprenta de G. Alhambra, Monjas, 8.

1866.

3 0112 127850078